

Fragmento

El hundimiento socialista

José García Abad



Del esplendor del 82 al cataclismo del 20-N,
o cómo hemos caído tan bajo

JOSÉ GARCÍA ABAD

EL HUNDIMIENTO SOCIALISTA

*Del esplendor del 82 al cataclismo del 20-N,
o cómo hemos caído tan bajo*

Índice

<i>Introducción</i>	9
1. LA PRIMERA REFUNDACIÓN	17
Willy Brandt elige entre los cabecillas socialistas	19
Isidoro se hace con las siglas históricas	21
«Que no detengan a ese muchacho»	25
González expulsa a Marx con todos los honores	28
2. EN VOLANDAS A LA MONCLOA. LOS AÑOS DE GLORIA	33
«El dictador, nos guste o no, ha sido parte de la historia de este país»	34
«Que no nos pase lo que a la Segunda República»	36
1986, apoteosis europea... y felipista	38
Una sociedad para exportar condones paga el referéndum	40
Cuando la alternativa está haciendo el PREU	43
La huelga general, un duro golpe para Felipe	46
3. EL QUINQUENIO MALDITO	51
Guerra fratricida: guerristas contra renovadores	54

Los GAL pasan factura	56
Una dulce derrota de amargas consecuencias	61
4. LA TENTACIÓN DE SUCEDERSE A SÍ MISMO.	
LOS MIL DÍAS DE ALMUNIA	63
Duda entre Jáuregui y Almunia	65
Las primarias, «una barbaridad»	67
Una herencia de escándalos	71
«Pepe, tú tienes que ser el candidato»	72
5. EL MILAGROSO ASCENSO DE UN LEONÉS	
DESCONOCIDO	77
Desayuno con cruasanes en casa de Trini	79
Lo más continuista es el cambio	81
Condenado por confiado	85
Alfonso Guerra traiciona a su candidata	89
Zapatero reconoce que le debe el triunfo a Blanco	92
6. EL LEONÉS SE INSTALA EN FERRAZ.	
PACTAR CON AZNAR Y RECLUIR A FELIPE	95
Caído en un bidón de Lexatin	96
ZP jubila a González con fetichismo	99
Adicto a los pactos	102
«Está por ver que el PSOE tenga un proyecto»	104
Lucen sus carencias	107
Apoteosis en Vista Alegre	111
Pinchazo en las municipales de 2003	115
Sentado ante la bandera de Estados Unidos	121
7. A LA MONCLOA POR UNA FRASE	125
«Nos merecemos un Gobierno que no nos engañe»	127
La batalla de la televisión	129
En Ferraz crece la indignación	130

8. PRIMER CUATRIENIO: TERMITAS EN EL PARAÍSO	135
Sebastián previene contra el ladrillo	138
Alegrías de talonario	141
Igualdad para homosexuales y mujeres	144
Teresa pone orden	146
Yo acabaré con ETA	148
Añoranza de Felipe	153
Germà Bel: «El <i>Estatut</i> , un gran enredo»	157
Menos televisión del Gobierno y menos Prisa	161
Alimenta con Barroso la creación de su imperio mediático	163
9. EL TRIENIO NEGRO DE UN OPTIMISTA PATOLÓGICO	165
Geometría variable	166
«Te ceso, Jesús, por tu política inmigratoria»	168
«Tú, Manolo, como yo, a la gran política»	171
<i>Acceso no autorizado</i> , una novela autorizada	173
Un Solbes de usar y tirar	175
Sebastián convence a ZP de que la crisis es un constipado	179
Solbes: «No sé si me he ido o me ha echado»	181
El vuelco dramático del 22 de mayo de 2011	186
«Un desastre anunciado»	190
La batalla de Madrid como símbolo y síntoma	192
La política, estúpido	195
10. RUBALCABA, EL RASPUTÍN DE SOLARES	199
Felipe no le hará como a Almunia	203
Un retrato difuso	206
El colegio del Pilar, incubadora de políticos	209
Un bastón de mariscal en la mochila	211
Los inicios con Carmina Virgili	214
Felipe despide a Maravall de malas maneras	216

Solana le pone un precio	218
El hombre que se esconde detrás de sí mismo	219
El comando Rubalcaba es sólo Rubalcaba	221
Un hombre de partido sin atributos	223
«No veo más allá de una semana»	226
Bono: «Quizá es el más listo del partido»	228
II. 20-N: LAS URNAS DICTAN SENTENCIA INAPELABLE	231
Noche triste y oscura	232
Rubalcaba recibe en su trasero la patada a Zapatero	234
También se quemó Carme Chacón	235
La derrota póstuma de Zapatero	241
El presidente no tiene quien le escriba	244
La tormenta perfecta	247
Cuando los jóvenes se hicieron liberales y el gran PSOE, un bonsái	249
12. SOCIALDEMOCRACIA, LEVÁNTATE Y ANDA.	
EL 15-M IRRUMPE EN ESCENA	253
Transformarse o morir	255
El PSOE, ¿leninista y marrano?	259
La tentación del populismo	263
De derrota en derrota	265
<i>Spanish Revolution</i>	268
El 15-M en el 20-N	271
ANEXO: EL SANTORAL DEL PSOE REFUNDADO	275
Del «Viejo Testamento»	276
La transición socialista	295
El «Nuevo Testamento»	303
ÍNDICE ONOMÁSTICO	313

Introducción

En octubre de 1982, Felipe González fue llevado en volandas al palacio de La Moncloa, elevado por una ciudadanía que ansiaba el cambio, la culminación del proceso democrático. Votaron al joven sevillano gentes de la izquierda, del centro e incluso de la derecha. Nunca se había conseguido un consenso tan amplio.

Casi treinta años después, el 20 de noviembre de 2011, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) cosechó el mayor desastre de su historia. Se había desencadenado un *tsunami* de signo contrario para desalojarle del Gobierno de la nación. No fue un movimiento de euforia a favor del candidato popular, Mariano Rajoy, como el que aupara a González, sino la sacudida de un irresistible viento de castigo contra la gestión de José Luis Rodríguez Zapatero, y la esperanza de que un nuevo gobierno nos sacara del atolladero. Había que dar una oportunidad a la alternativa que representaba el Partido Popular (PP).

Pocos meses antes, el 22 de mayo, el partido centenario había sido desalojado de las comunidades autónomas y de las grandes ciudades, quedándose sin espacio para respirar y casi sin lugares para reunirse, como se lamentaba Francisco Fernández Marugán, el veterano diputado guerrista.

¿Qué pasó para que esta formación que gobernó la Espa-

ña constitucional durante más de veintiún años, frente a sólo ocho del PP, cayera en semejante estado de postración?

El objeto de este libro es, justamente, responder a esta cuestión, para lo que he contado con el valioso testimonio de más de cincuenta dirigentes de las distintas épocas del PSOE y de analistas independientes.

Felipe González pudo mantenerse catorce años en el poder no por su colorido socialista, sino porque era un buen estadista que supeditó su ideología a un objetivo funcional: que España funcionara. Antes patriota que socialista.

Su larga permanencia en el Gobierno, incluso más allá de 1993, cuando se le daba por liquidado, se debió en buena parte a la desconfianza de amplios sectores sociales de que la derecha, primero Alianza Popular (AP) y luego el PP, estigmatizados por muchos como herederos del franquismo, actuaran de forma escrupulosamente democrática. Durante algún tiempo, Manuel Fraga, exministro franquista, fue el mejor aliado de Felipe González, y, significativamente, Nicolás Redondo, el dirigente del sindicato hermano, Unión General de Trabajadores (UGT), su única oposición.

Pero las largas permanencias en el poder y la falta de oposición efectiva alimentan los vicios y las corruptelas. Una vez más quedó demostrado lo que expresó el historiador británico lord Acton en el siglo XIX: que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente.

Felipe González se emborrachó de poder; se encerró en la torre de marfil del palacio de La Moncloa que inculca el síndrome que lleva su nombre. En su arrogancia, no se percató a tiempo de que la corrupción de altos cargos públicos, la financiación irregular del PSOE y la guerra sucia contra Euskadi Ta Askatasuna (ETA) acabarían pasándoles a él y a su partido una abultada factura.

El PSOE fue perdiendo su frescura inicial al generar una

casta de funcionarios, de estómagos agradecidos, más interesados en su medro personal que en el servicio al país.

En opinión de Joaquín Arango, se produjo en el partido un proceso de selección negativo: «Como sostiene la famosa ley de Gresham, la mala moneda expulsa a la buena. Cuando una organización entra en una dinámica de entropía, mucha gente valiosa opta por dar un paso atrás; eso acrecienta el espacio de los mediocres, que tienden a seleccionar a otros mediocres. Desde la debacle de UCD, se extendió por España la convicción de que las divisiones internas llevan al desastre, y ello mueve a adoptar actitudes de lealtad incondicional y a evitar la confrontación. El PSOE asumió esa convicción, y el largo y convulso proceso de sucesión de Felipe González la reforzó hasta el extremo. Joaquín Almunia se sintió insuficientemente legitimado por haber sido designado y no elegido en un congreso, y para paliarlo optó por convocar unas primarias. Tras perderlas volvió a ser candidato, por la renuncia de Josep Borrell. En unas circunstancias especialmente desfavorables, el PSOE sufrió una severa derrota en las elecciones de 2000, y Almunia decidió asumir la responsabilidad y dimitir. La elección de Zapatero poco después supuso que en un corto período de tiempo el PSOE tuviera tres secretarios generales. La convicción de que no podía permitirse el lujo de cambiar de nuevo aseguró a Zapatero un grado de lealtad inusitado, que no había tenido Almunia.»

Descabalgado González, el PSOE sufrió las dificultades de reemplazar al *hiperlíder*, que intentó sucederse a sí mismo por medio de Joaquín Almunia. Sufrió la bicefalia formada por éste —un secretario general que había sido cooptado por los barones regionales y no por un congreso, y que perdió las primarias para optar a la presidencia del Gobierno— y la del triunfador de éstas, Josep Borrell, que se retirará por las razones que se expondrán más adelante.

González abandona la dirección de su partido en 1997, tras la derrota del año anterior, que calificó de «dulce», pero que tuvo consecuencias amargas. Almunia, su sucesor, tuvo que administrar como pudo la envenenada herencia recibida, que salpicó de escándalos las primeras páginas de los periódicos durante su trienio opositor, sin el carisma de su antecesor y sin posibilidades de evitar su tutela, el abrazo del oso en toda regla.

En las elecciones de 2000, los ciudadanos percibieron que había llegado la hora del cambio. José María Aznar consiguió la mayoría absoluta, mientras José Luis Rodríguez Zapatero se hacía con la poltrona de Ferraz y ensayaba un profundo cambio interno que esperaba abordar apoyado en una drástica renovación generacional.

Se instaló en el palacio de La Moncloa inesperadamente, a la primera, tras la impresión provocada por la masacre ferroviaria de Atocha y los intentos del Gobierno de Aznar de atribuirla al terrorismo etarra. Durante su primer cuatrienio, instalado sobre la euforia de la burbuja inmobiliaria, el inexperto gobernante pudo tirar de talonario despreocupadamente para financiar mejoras sociales, al tiempo que promovía la «extensión de derechos» a mujeres y homosexuales.

En marzo de 2008 vuelve a ganar las elecciones, aunque con menos escaños de lo que esperaban los socialistas. El verano anterior había estallado la burbuja financiera y en el momento electoral empieza a notarse su efecto sobre la economía real. Zapatero niega la crisis y promete una desgravación de cuatrocientos euros para cada contribuyente, independientemente de su renta, que unida al cheque bebé —otorgado a todos los padres, sea cual fuere su capacidad económica— y a la supresión del impuesto sobre el patrimonio detraen del Tesoro Público ocho mil millones de euros que tan necesarios hubieran sido para reducir el déficit del Estado. La catástrofe está pues servida desde el principio de la legislatura.

Es evidente que la causa fundamental de la caída fue la gestión de la crisis económica, mal llevada por José Luis Rodríguez Zapatero, pero también contribuyeron a su hundimiento cambios profundos en la sociedad española, lo que los historiadores franceses Braudel y Febvre, de la escuela de los Annales, designaron como movimientos de larga duración.

En las tres últimas décadas había crecido el tejido industrial con empresas competitivas en el ámbito internacional; el nivel de vida de las clases trabajadoras mejoró notablemente, ensanchando las clases medias; la inmigración del campo a la ciudad se aceleró, creando nuevas capas urbanas..., cambios a los que no supo adaptarse el PSOE, que seguía anclado a viejos esquemas obreristas.

También se habían producido transformaciones en Europa. Felipe González incorporó España a la Comunidad Económica Europea desempeñando en ella un alto protagonismo. José María Aznar, por su parte, logró la entrada en el euro. En todo el mundo desarrollado, la socialdemocracia fue puesta a prueba y sufrió los efectos de la crisis más profunda conocida por los contemporáneos. La socialdemocracia se encuentra desde entonces en el mayor de los desconciertos y en busca de nuevos paradigmas.

No toda la culpa fue pues de Zapatero, aunque corresponde a éste una parte importante de la misma. El PSOE, me decía un socialista de los primeros tiempos, no ha perdido ninguna oportunidad de pifiarla.

El ascenso al sillón de mando del joven leonés —nacido en Valladolid, todos hemos terminado por adscribirle a la ciudad de su familia, donde creció y se formó—, un personaje atípico, se apreció con esperanza. José Luis Rodríguez Zapatero apenas había visitado la sede de Ferraz tres o cuatro veces. Cuando llegó, reprodujo los vicios anteriores y ejerció la «dictadura del secretariado» que se atribuía a González, pero sin la

experiencia ni la *auctoritas* de éste. Lo que iba a ser refundación se trocó en un doloroso paréntesis.

El Gobierno y el partido sufrieron las insuficiencias de formación y nula experiencia en la gestión de una persona que jamás había ganado un euro fuera de la nómina del PSOE. En lugar de compensar estos inconvenientes —se lamenta una ministra de su gabinete—, suprimió el debate interno y estableció una relación mesiánica de fe en el hombre de la intuición infalible.

Es cierto que tomó medidas sociales progresistas y que tuvo la desgracia de que le atropellara la Gran Crisis, pero se empeñó primero en negarla y luego en prometer una rápida salida. Su política errática, a golpe de acciones improvisadas, sin un proyecto acabado, coherente e identificable, provocó la sensación en la ciudadanía de que la nave del Estado estaba tripulada por un timonel inexperto.

El profesor Germà Bel —un socialista catalán que formó parte del núcleo duro de la plataforma que apoyó a Zapatero en el congreso que le encumbró— formula una crítica más de fondo: «Su gran error fue trocar los principios socialdemócratas, que son reformistas, por el populismo.»

Y lo que fue letal de necesidad: la mayoría de la nación constató que el presidente los engañaba, lo que relegó al olvido los aspectos positivos que también tuvo su Gobierno, incluido el abandono de las armas por parte de ETA.

Zapatero llegó a La Moncloa a lomos de una frase de Alfredo Pérez Rubalcaba —«los españoles nos merecemos un Gobierno que no nos engañe»— y fue derribado porque los ciudadanos seguían creyendo que merecían un Gobierno que no los engañara.

Se había producido la tormenta perfecta: se juntaron la crisis, las medidas que se interpretaron como traición y ultraje a los votantes, y los errores, las meteduras de pata y las torpezas de un líder de segunda.

El lector podrá acompañarnos en una rápida galopada por la historia del partido a lo largo de casi tres décadas, desde el triunfo arrollador de octubre de 1982, la severa derrota de Joaquín Almunia, el septenio zapaterista, a la derrota sin paliativos de noviembre de 2011; del tránsito de la gloria a los infiernos, pasando por un largo purgatorio.

Creo que se aportan importantes novedades sobre el desempeño de los tres secretarios generales que han mandado en el PSOE tras su refundación por Felipe González en el Congreso de Suresnes (1974). Se darán datos inéditos del largo Gobierno del sevillano, del escaso trienio del vasco Joaquín Almunia y, por último, nos detendremos en los cuatro años durante los que Zapatero encabezó la oposición y sus dos legislaturas de Gobierno, que concluyeron con la catástrofe electoral del 20 de noviembre de 2011, derrota de inquietantes consecuencias para el partido fundado por Pablo Iglesias. Finalmente, me ocuparé de Alfredo Pérez Rubalcaba, último cartucho del partido antes de abrirse las venas, y del presente y el previsible porvenir de la socialdemocracia en nuestro país.

El futuro no está escrito y la dureza de la crisis que se ha llevado por delante a Zapatero podría despeñar también a Rajoy si defrauda las esperanzas depositadas en él. Dos por el precio de uno. Hemos visto últimamente la caída de Silvio Berlusconi, el triunfo de los socialdemócratas en Dinamarca, y Nicolas Sarkozy, Angela Merkel y David Cameron, entre otros, esperan con aprensión los próximos comicios. ¿Es verdad —como me asegura el último ministro de Trabajo de Zapatero, Valeriano Gómez— que estamos en un cambio de ciclo y que ha llegado de nuevo la hora para la izquierda? Es posible, pero en todo caso España parece ir a contrapelo de la historia europea.